

## 1

Todavía puedo ver correr al niño que fui. El niño que al huir sin rumbo se perdió en el ocaso y ya no regresó a casa. El niño que esperamos en vano hasta el amanecer.

Todavía le oigo llorar a escondidas sin saber qué esquirra de vidrio o de lodo partió su corazón. Su mirada es la del animal que expira calcinado en la pira del sacrificio. Su ausencia es la ofrenda inmerecida y la honda cortada.

Quisiera verle sólo una vez más en la misma esquina donde nos bifurcó la vida. Una vez más, sin reproches ni lágrimas; pero no, ya nunca volverá. Al desvanecerse se borraron en la bruma los días naranjas y los descubrimientos alarmantes de la incansable infancia.

No sé si en realidad aquel niño ingresó al mundo o si sólo pasó de costado. Ya no puedo precisar si vivimos los mismos años o si extraño a alguien que nunca tuve y perdí.

Aún lamento no poder bañarme bajo los aguaceros donde nos empapamos con los sueños que quedaron esparcidos como charcos plomizos en la calle y se evaporaron.

Es inútil abrir la cripta donde yacen estos recuerdos ilusos que sólo sirven para maltratarme. No queda nada de él ni de mí. No está en la casa donde nacimos, ni en la que moriremos. No está en la acera donde jugamos, ni en la curvatura del miedo que nos dominó al crecer. No está escondido en el crepúsculo ni en el mediodía del verano. Nada se llevó consigo, nada me dejó de recuerdo. Sólo se esfumó y no quedó ni un vestigio.

El tiempo no fue nuestro bálsamo, sino nuestro veneno. Aquel niño ha muerto y aún llevo a cuestas su cadáver, sin encontrar la tierra sin dolor donde enterrarlo.

# Dos poemas de Manuel Orestes Nieto

## 2

Entonces, los mensajeros de la muerte arribaron con sus drásticas noticias.

Ella se vino abajo, en la odiosa madrugada sin palabras. Murió sin una protesta, como quien adivina, como quien acierta.

Extremadamente sola, en el horizonte de una larga vida y una inacabable tristeza, ella fue la tempestad que truena, casi una diosa; pero se derrumbó: como quien se vence, como quien se agrieta.

Al traspasar el dintel de jazmines, el arco de juncos y esmeraldas, pude verla en el fulgor, altiva en el navío de cristal.

No había evidencia de vejez en sus manos, iba de pie y llevaba puesta la máscara de oro de los inmensos reyes.

---

MANUEL ORESTES NIETO (1951). Ganador del Concurso "Casa de las Américas" (Cuba, 1975); "Ricardo Miró" como poeta en 1973, 1983, 1996 y 2002. Poemarios: **Poemas al hombre de la calle** (1970); **Enemigo común** (1974); **Diminuto país de gigantes crímenes** (1977); **Dar la cara** (1975); **Panamá en la memoria de los mares** (1983); **Rendición de cuentas** (1991); **El mar de los sargazos** (1997); **El país iluminado** (2001); **Nadie llegará mañana** (2003); **El cristal entre la luz** (2008) y **Ardor en la mirada** (2008), entre otros.